

Castelló



SUPERVIVIENTES



Víctor García Gil
Salvador G. Panadero

► AUG-Arquitectos SLP

La mirada del urbanista

Entre los retos que deberían abordarse en esta legislatura hay uno, cuya manifestación se presenta de modo subliminal y solo acusamos los que trabajamos con la administración pública o en la administración pública. Incluso estamos convencidos de que muchas personas, imbuidas en ese mundo, ya no son capaces de percibir el fenómeno al que nos referimos (cuyos orígenes se remontan a unos años atrás), pues se encuentran plenamente instalados en un sistema en el que, en el fondo, les resulta cómodo no darse cuenta de nada. Nos referimos a una sensación compartida por algunos funcionarios, tanto a título particular como colectivo y que se materializa en la figura de lo que denominamos «supervivientes», detrás de los cuales hay toda una patología inherente a su condición.

El fenómeno no es en realidad nuevo, ni exclusivo de la administración española, pues en esto intuimos que la Comunitat Valenciana comparte suerte con otras regiones, aunque sí podemos decir que en la primera su manifestación es muy acusada. Se trata de un estado de ánimo que domina y anula a quienes lo experimentan y que ha sido descrito científicamente dentro de la psicología de combate, especialmente a raíz del trauma de la guerra de Vietnam. Basta con leer esa obra incommensurable del periodismo que es *Despachos de Guerra*, de **Michael Herr** (1977), para encontrar las claves de lo que le ocurre a algunas personas de nuestro entorno. Este libro, que para **John Le Carré** era «el mejor libro sobre los hombres y la guerra de nuestro tiempo», no solo sirvió de inspiración a **Francis Ford Cop-**

pola y a **Stanley Kubrick** para realizar dos de las más grandes películas de su filmografía y del cine bélico (*Apocalypse Now*, en 1979 y *La Chaqueta Metálica*, en 1987, respectivamente), sino que leído hoy en día continúa arrojando luz sobre el comportamiento humano en situaciones de estrés.

A partir de sus experiencias como reportero de guerra en el país asiático, Michael Herr describió con ese realismo ajeno a cualquier interpretación moralizante de la realidad que conoció, el bloqueo psicológico que sufrían los soldados destinados en aquel infierno, cuando faltaban pocos días para su regreso a los Estados Unidos. Los combates en la selva y los arrozales, el abuso de todo tipo de sustancias y la experimentación de nuevas tácticas de guerra, dibujaron un escenario tan alucinante que quienes fueron parte de sus protagonistas, terminaron por proponerse un único objetivo: la supervivencia. Y eso explicaba que los mandos del ejército observaran entre los soldados que estaban a punto de regresar a casa, una sensación de bloqueo absoluto ante la idea de participar en cualquier misión que pudiera suponer un riesgo. No era miedo, ni siquiera pánico, sino la convicción de que la suerte que los había acompañado y que evitó que resultaran muertos o heridos, los iba a abandonar en aquella última misión. Y a partir de ahí, aquellos supervivientes se convertían en una carga para el sistema y si eran obligados a intervenir, constituían un riesgo para el resto del pelotón. Más allá de la indisciplina y del temor de verse sometidos a un consejo de guerra, el personal tenía muy claro que no abandonaría su escondrijo, si no era para subir a bordo del helicóptero que los debía llevar al aeropuerto más cercano. Y de ahí, a casa.

Otros estudios sobre el mismo conflicto, especialmente aquellos que se han elaborado a partir del acceso a documentos desclasificados, han puesto de manifiesto la existencia de una patología aún más lesiva para la efectividad de una institución. Se refieren a las eje-

cuciones de mandos y oficiales a manos de sus propios hombres, cuando éstos consideraron que suponían un peligro para su seguridad. El asunto (conocido como *fragging*) alcanzó tal magnitud, que llegó a ser discutido en el Congreso de los Estados Unidos, tras contabilizarse entre 1969 y 1972 un mínimo de setecientos asesinatos, oficialmente reconocidos. Otras fuentes elevan la cifra de mandos y oficiales muertos a manos de sus hombres o en extrañas circunstancias, a dos mil casos, entre las fuerzas norteamericanas destinadas en Vietnam durante toda la guerra. Es decir, cuando las cosas iban mal o llegaba un joven oficial recién salido de la academia y con ganas de hacer su trabajo, ya podía andarse con ojo si no quería terminar reventado como el enemigo, o desaparecer en cualquier misión.

Los últimos años de la vida política española y del desarrollo de lo que debían ser las funciones normales de muchos funcionarios, sobre todo la de aquellos con competencia en urbanismo, ordenación del territorio y ayudas públicas (entre otros ámbitos), han estado dominados por una progresiva degradación de las condiciones de trabajo y por la implantación de una sombra de sospecha sobre las actuaciones desarrolladas desde ciertos estamentos, conduciendo con frecuencia a los protagonistas de las mismas ante los tribunales. Toda la suerte de prácticas obscenas con las que nos desayunamos a diario, en la que personajes de la peor calaña nos muestran cómo se despilfarró el dinero público, a menudo salpican a los funcionarios que de un modo u otro se vieron implicados. Siendo actores de segunda y rara vez inductores, los funcionarios públicos que han tenido que ir a declarar proyectan sobre su entorno una sensación de vulnerabilidad hacia su posición, trasladando la impresión de que se están «comiendo un marrón» que en realidad no les benefició en nada. En ocasiones, cuando se han tratado casos más técnicos y en los que no se presumen prácticas corruptas, sino simplemente

un funcionamiento irregular o no ajustado a derecho a la hora de tomar determinadas decisiones, los funcionarios han pasado igualmente por el estrado y se han visto expuestos a la erosión de los medios de comunicación. Porque no hay nada más fácil que lanzar acusaciones insidiosas o mezclar en una misma noticia los nombres de quienes se han caracterizado por una conducta indecente, con los de funcionarios anónimos, para causar un daño irreparable a éstos últimos.

Y es así como aparece el estrés de quienes, permanentemente amenazados ante la eventual presentación de cualquier denuncia –con fundamento o sin él– se van reconociendo a sí mismos como unos supervivientes. Víctimas inocentes (al menos desde su punto de vista), pero inevitable carne de cañón de los efectos colaterales en guerras políticas o mediáticas, mucho menos hostiles que las que soportaron los combatientes de cualquier conflicto, pero igualmente erosivas para quienes las soportan. Y como hicieron los combatientes en Vietnam, desarrollan un espíritu de supervivencia que basa su razón de ser en evitar la exposición, tanto a fuego amigo como a las acciones del adversario, que el funcionario amenazado cree ver en todas partes. El resultado, también devastador para la administración pública, es la inacción: nadie quiere hacer nada que no sea imprescindible, ni comprometerse, ni evacuar con celeridad informes o tomar decisiones, que terminan llegando pero con un enorme retraso y sólo cuando sobre un mismo expediente se han pronunciado distintos organismos en repetidas ocasiones.

El bloqueo institucional debido al miedo a exponerse es de fácil contagio y hemos observado la existencia de organismos públicos donde todo el personal ha terminado compartiendo esa filosofía de vida. Incluso personas a las que conocíamos antes de su incorporación a estas posiciones, terminan impregnándose de la hipercautela que todo lo frena, hasta extremos inconcebibles. Al margen de los plazos que puedan establecer las leyes urbanísticas o de procedimiento administrativo, los informes que deben salir de esos organismos se retrasan hasta veinte veces, más allá del límite legalmente establecido. E incluso si llega a este tipo de organismos una persona con una actitud más comprometida, un «dinamizador», su carrera en la administración puede estar comprometida y no es raro asistir a un nuevo caso de *fragging*, en el que su entorno se lleva por delante al espíritu emprendedor que quiso imprimir unos ritmos de trabajo más exigentes.

En estos conflictos, que pesan como una losa sobre la operatividad de la administración pública valenciana, están los técnicos y están los políticos. Mientras entre los primeros sigue habiendo quienes no se arrugan y encarando los problemas, toman sus decisiones con la agilidad y firmeza del soldado valiente, entre los segundos pocos tienen la honestidad que demostrara a lo largo de su vida el presidente **Harry Truman**, quien como sabemos, reconocía aquello de «mis vocaciones en la vida siempre fueron ser pianista de una casa de putas o ser político. Y para decir la verdad, no existe gran diferencia entre las dos».